

y no olvides jamás sus beneficios.—¿Qué devolveré yo al Señor por todo lo que me ha dado?—*Quid retribuam Domino, pro omnibus quae retribuit mihi?* (1).

Por tanto, «*Gracias á Dios*» debe ser siempre el afecto piadoso de nuestro corazón: *gracias á Dios*, el pensamiento de nuestra mente: *Gracias á Dios*, las palabras de nuestros labios; y en todas las ocasiones, y tiempos y lugares, debemos decir: «*Gracias á Dios: Gracias á Dios.*»—«*Nada mejor*—dijo San Agustín—puede abrigar nuestra alma; nada mejor puede expresar nuestra lengua, nada mejor puede escribir nuestra pluma, que esta hermosísima frase: GRACIAS Á DIOS. Y cuando esto decimos—añade el Santo—nada hay más breve, nada más gozoso, nada más grande, nada más útil (2).»

Ahora bien. La gratitud nuestra para con Dios, se conoce por los efectos: y estos son: conservar en la memoria los beneficios recibidos; estimarlos, publicarlos, engrandecerlos y alabar, venerar y amar al bienhechor; retornar en cambio lo que alcancen nuestras fuerzas, sobre todo, el ejercicio de la caridad para con nuestros prójimos, considerando que lo hecho por ellos, lo recibe el mismo Dios, como si se hiciera á su misma adorable persona.

El que de esta manera pensare y obrare, tenga por seguro que, como afirma el Apóstol al terminar nuestra Epístola, «*el Señor le ha de conservar en gracia hasta el fin, y cuando venga Jesucristo á juzgarle, le encontrará sin culpa*» y le galardonará con la eterna bienaventuranza de los cielos. Amén.

(1) *Benedic, anima mea, Domino, et noli oblivisci omnes retributiones ejus* (Psal. CII, 1-2.)

(2) *Deo gratias quid melius, et animo geramus et ore promamus, et calamo exprimamus quam Deo gratias? Hoc, nec dici brevius, nec audire laetius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest.* (S. Agust., Epist. V, ad Marcellinum.)

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XIX después de Pentecostés.

Sobre la renovación del espíritu.

MADOS hermanos míos: El capítulo IV de la Carta del Apóstol San Pablo á los fieles de Éfeso, de donde está tomada la Epístola de este día, es un compendio maravilloso de la vida espiritual cristiana. En ella encarga el Santo á todos los regenerados con las aguas bautismales que lleven una vida digna de Cristo; que sean en todo *humildes*, sintiendo de sí humildemente, y tratando con humildad á todos sus semejantes: que sean *mansos* y lo muestren en la dulzura y amabilidad con el prójimo: que sean *pacientes*, soportando con amor los defectos, vicios ó inconveniencias de los demás; y sobre todo que sean *caritativos* los unos con los otros para conservar siempre la concordia de los corazones y la unidad del espíritu en vínculo de paz. (Vers. 1 á 6.)

Enseña además el Santo Apóstol que Cristo es cabeza de la Iglesia, que influye en toda ella, porque es su cuerpo místico, y también en cada uno de los fieles, ó sea en cada uno de nosotros, como miembros de la misma Iglesia, es decir, como miembros del mismo Cristo; y por consecuencia, que todos debemos vivir íntimamente unidos á Cristo Jesús, por el hábito de la caridad, y por actos frequentísimos de fe, de esperanza y de amor, de tal suerte que, así unidos, recibamos de Él la luz, el espíritu, la gracia; y que todo cuanto hagamos bueno y piadoso, sea *en Él, y por Él y con Él*; porque es nuestra cabeza, y nuestro corazón, y nuestro vivir es Cristo. (*Mihi vivere Christus est*) (1).

Y por último, comenzando ya la Epístola de la presente Dominica, nos encarga dos cosas: primera, *que nos despojemos del hombre antiguo*; segunda, *que nos vistamos del hombre nuevo*. Ved aquí sus propias palabras:

(1) Quien desee penetrarse bien de la práctica de esta vida, consulte al P. Bernardo Piconio, sobre este cap. IV, y más extensamente en sus corolarios á los capítulos XV ad Rom.—VIII, IX y XIII, ad Hebreos.

«Hermanos: Despojaos del hombre viejo...; renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, que fué criado, según Dios, en justicia y en santidad verdadera.» (Hebr., IV, 22 á 24.) ¿Qué significa esto? ¿Cuál es el hombre nuevo del cual hemos de vestirnos? Unos sagrados expositores dicen que es Cristo, otros que Adán en el estado de inocencia. Ambas exposiciones son buenas, ambas admisibles, y de ambas podemos sacar grandísimo provecho. Por consiguiente, os diré hoy dos palabras:

- 1.^a Sobre nuestra renovación según Adán inocente.
- 2.^a Sobre nuestra renovación según Cristo Jesús.

PUNTO 1.º

RENOVACIÓN ESPIRITUAL SEGÚN ADÁN INOCENTE

Hermanos míos—dice San Pablo—«renovaos en el espíritu de vuestra mente»; ó lo que es lo mismo, *renovaos en lo interior de vuestra alma*, porque alma y espíritu en este caso todo es uno. (*Renovamini spiritu mentis vestri.*—Vers. 23.) (1). Quiere decir con esto el Santo Apóstol, que renovemos el estado de nuestra alma con la fuerza de la gracia santificante y con el Espíritu divino que el Señor infunde en nosotros, por el Bautismo, ó por la Penitencia, con cuya gracia el Espíritu Santo nos regenera y nos transforma en nuevos hombres, esto es, en cristianos y en santos.

Quiere decir, que si el hombre se halla ya en estado de gracia, ha de procurar renovarse más y más en su espíritu, á semejanza de Cristo su modelo, para ir creciendo siempre en santidad y perfección (2).

Quiere decir, que la gracia de nuestra justificación opera en nosotros una mudanza universal, cambiando nuestro espíritu, nuestro modo de entender, nuestra voluntad, nuestro corazón, nuestros afectos, nuestra conciencia, cambiando, en suma, las facultades todas de nuestra alma, perfeccionándolas y haciéndolas pasar del estado natural y culpable, al estado sobrenatural y de la gracia, con aptitud para adquirir méritos infinitos.

Quiere decir, que con esta maravillosa y misteriosa renovación, el hombre, por el mero hecho de hallarse justificado, «se reviste del

(1) Spiritus mentis est spiritus, seu mens ipsa. (Piconio.)

(2) Nescit enim mens veterascere, quae semper per desiderium studet inchoare. (S. Gregor., Moral., XXII, 4.)

hombre nuevo, que fué creado según Dios, en justicia y en santidad verdadera»; que por eso añade el Apóstol: «Revestíos del hombre nuevo.» (*Induite novum hominem.*)

Quiere decir, que nosotros, renovados por la gracia de la justificación, nos hacemos semejantes á Adán en el estado de la inocencia, y también semejantes á Cristo nuestro Señor, Verbo divino encarnado, cuya vida y enseñanza nos sirven de modelo.

Quiere decir, que revestirnos del hombre nuevo (ya se entienda éste por Adán inocente figura de Cristo, ó ya por el mismo Cristo), significa que nos asemejemos á Jesús, interior y exteriormente, en las inclinaciones y en las costumbres, de tal modo, que parezca somos una misma cosa con El, á la manera que un retrato bien hecho, se parece á su original.

Pues bien: ¿cuáles son las analogías ó semejanzas principales del hombre justificado, con Adán inocente? Considerémoslas un momento, pues así entenderemos las hermosas gracias con que el Señor se dignó enriquecer al hombre desde el principio, las que nos concede ahora por la justificación de nuestras almas, y la gratitud inmensa que por aquéllas y por éstas le debemos. Ensancha tu corazón de cristiano; repara, agradece y adora.

Adán salió de las manos de Dios, por vía de creación extraordinaria, sorprendente y maravillosa; nuestra alma en la justificación recibe una creación nueva, recibe la gracia santificante y la caridad divina, creación más sublime, más inefable y más importante que la de Adán en su naturaleza y la del mundo entero. El barro de que fué formado el cuerpo del primer hombre se prestaba sin dificultad á todas las formas que le daba el Creador, y la nada no resistía ni podía resistir á la voluntad del Señor cuando mandó que fuesen hechos el cielo y la tierra; pero ¿cuánta resistencia y cuánta insipiente no halla Dios en la voluntad del pecador á quien quiere convertir? Mayor prodigio es cambiar la voluntad rebelde y libre del hombre que corregir la naturaleza corpórea ó hacerla surgir de la nada. Si la creación de Adán es un prodigio, prodigio mayor sin duda es la justificación del pecador.

Adán, según hizo notar San Agustín, fué criado mortal é inmortal al mismo tiempo (1): *mortal*, por la naturaleza de su cuerpo animal, que por sí mismo podía morir, é *inmortal*, por la gracia de su Criador, que le había dado el fruto del árbol de la vida para que no envejeciera ni muriera. De semejante manera la gracia de

(1) Mortalis erat conditione corporis animalis, immortalis beneficio Conditoris. (S. Agust.)

la justificación hace que nosotros, siendo mortales, seamos inmortales al mismo tiempo: *mortales* en cuanto al cuerpo, porque la muerte, fruto del pecado de origen, es un tributo que nadie está exento de pagar; *inmortales* en cuanto al alma, porque la vida del alma es la gracia, y esta se adquiere en la justificación. Cuidemos de conservar dicha gracia y no moriremos jamás espiritualmente, pues si perseveramos en ella, escrito está en las divinas letras que «comeremos del fruto del árbol de la vida, que está en medio del Paraíso de Dios» (1). La gracia es el alma del alma.

Adán fué creado dueño y señor de sí mismo. «Era rey—dice San Agustín (Lib. XIV de Civit., cap. XXV);—pero con tal dignidad real, que en su comparación la de los príncipes del mundo no es más que esclavitud y bajeza».

Poseía imperio absoluto sobre su entendimiento, sobre su razón, sobre su voluntad, y sobre todas sus pasiones, sin que ni en el alma, ni en el cuerpo pudiera sucederle cosa alguna contraria á su querer ó á su felidad. No de otro modo, aunque en sentido diverso, acontece al alma justificada. Es verdad que la rebelión de los sentidos y de las pasiones combaten al espíritu con harta frecuencia y furor, y que no cesan ni aun en el hombre justificado; pero también lo es que, con la gracia de Dios, puede superarlo todo, y salir victorioso y lleno de merecimientos; pues así como Adán fué señor de sí mismo, por la gracia del Criador, nosotros, justificados y fortalecidos con los auxilios divinos, podemos serlo de todo nuestro ser por la gracia del Redentor. A los que aman á Dios, ó sea á los que están en gracia, todo cuanto sucede coopera para su bien. (*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*—Rom., VIII, 8.)

Adán fué criado á imagen y semejanza de Dios (*Secundum Deum creatus est*); como si dijéramos, con un alma espiritual, simple, inteligente, libre, inmortal... á imagen de su divino Hacedor: con un alma dotada de memoria, de entendimiento y de voluntad, imagen de la Trinidad Santísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo: con un alma semejante al Padre en el ser, semejante al Hijo en la inteligencia, semejante al Espíritu Santo en el amor. En esto, la imagen de Dios en el hombre *es natural*, y Adán no la perdió por el pecado, mas sí pudo perder y perdió su hermosura y perfección, que es á lo que se llama *semejanza*.

Es decir, que hay además en el hombre otra imagen de Dios mucho mas excelsa, imagen sobrenatural, imagen por la gracia y

(1) Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso Dei mei. (Apocal., II)

la justificación, imagen que hizo á Adán y nos hace á nosotros partícipes de la naturaleza divina, imagen sobreañadida á la naturaleza humana, que el hombre la pierde por el pecado, y que puede recobrarla por la justificación; y esta es cabalmente la que perdió nuestro primer Padre al comer la fruta prohibida. A esta imagen, repito, llaman muchos *semejanza*.

Adán,—dice nuestra Epístola—«fué criado en justicia y en santidad de verdad» (*In iustitia et sanctitate veritatis*); es decir, semejante á Dios en justicia, en santidad, en bondad, en misericordia, en veracidad y en todas las perfecciones que Dios puede comunicar al hombre. Este es *el hombre nuevo*, no envejecido por el pecado, y nosotros por la justificación somos hechos verdaderamente justos y santos, no con santidad imputativa, como sueñan los protestantes, sino con *santidad verdadera* (*Sanctitate veritatis*); ó sea, hermoseados con todas las gracias habituales, con todos los dones del Espíritu Santo y aun con el Espíritu Santo mismo, que se complace en morar en nuestro corazón.

Tales son las analogías principales entre Adán inocente y el hombre justificado; y por lo mismo, cuando el Apóstol dice en la Epístola de hoy que nos *vistamos del hombre nuevo*, es como si dijera: «Apresuraos á recibir la gracia de la justificación, ó á conservarla y acrecentarla en vuestra alma si la tenéis recibida, pues únicamente así podréis entrar en el reino de los cielos.»

Pero os decía al principio que, según otros sagrados intérpretes, el hombre nuevo, de quien San Pablo quiere nos revistamos, es nuestro Señor Jesucristo, y en este concepto os diré también dos palabras: Es muy dulce considerar todo lo que á este punto se refiere.

PUNTO 2.º

RENOVACIÓN ESPIRITUAL SEGÚN JESUCRISTO

¿En qué consiste—pregunta San Jerónimo—la renovación interior, que en la Epístola de este día, nos encarga el Apóstol?—En revestirse del hombre nuevo, que es Jesucristo—responde el mismo Santo. «Jesucristo—dice—es en verdad el *nuevo hombre* con el cual todos los creyentes nos debemos hallar revestidos. Todo es nuevo en nuestro divino Salvador; nuevo en su concepción, en su nacimiento y en su infancia; nuevo en su doctrina, en su vida y en sus virtudes; nuevo en su cruz, en su pasión y en que despojó en

ella á los principados; nuevo en que mostró la despreciable fortaleza de las potestades infernales, y, sobre todo, en su resurrección gloriosa y ascensión al trono celestial de su Eterno Padre.» (S. Jeron., in Cornel.)

Por consiguiente, siendo Jesucristo nuestra cabeza y nosotros sus miembros, no se puede negar que nos coloca á los cristianos en una vida nueva, en la vida evangélica, preparándonos á la santidad para llevarnos al cielo. Adán nos dió la vida para el tiempo, y Jesucristo para la eternidad; Adán nos hizo mortales, y Jesucristo nos da la inmortalidad; Adán nos engendró para la tierra, y Jesucristo para el cielo. Esto es ser *hombre nuevo*.

Pero si somos *miembros de Jesucristo*, y, como dice el Apóstol, *su carne y sus huesos* (1), claro es que hemos de llevar con él el mismo vestido, ó mejor dicho, *Cristo ha de ser nuestro único vestido*; porque así como en el hombre civilizado apenas se ve en él otra cosa que sus vestiduras, así también en el hombre cristiano apenas se ha de ver más que á Cristo. «*Cualquiera que sedis los bautizados*—dijo el mismo Apóstol—*tenéis por vestido á Jesucristo* (2).» Y por eso escribió á los Romanos, diciéndoles: «*Revestíos de Cristo nuestro Señor.*» (*Induimini Dominum Jesum Christum.*—Rom., XIII, 14.)

Ahora, á la luz de estas aclaraciones, ya se comprenderá que todo fiel bautizado es como un *nuevo hombre*, creado conforme á Dios por la regeneración bautismal, puesto que allí se constituye en verdadera justicia y santidad.

El cristiano, por tanto, debe ser como otro Cristo, semejante á Cristo, imagen de Cristo é imitador fiel de sus hermosas virtudes, en las cuales ha de procurar crecer cada día, para que siempre y en todo lugar sea como un reflejo sacrosanto del mismo Cristo. ¡Oh! ¡Cuán poco se reflexiona esto entre los cristianos! Y sin embargo, nada hay más grande, ni que más nos interese.

Añade el Apóstol que el hombre nuevo, Jesucristo, *fué creado según Dios en justicia y en santidad de verdad* (3), y esto es evidente, porque juntamente con ser hombre es Dios, porque es Hijo de Dios verdadero, porque es la justicia y la santidad misma, de cuya plenitud recibimos todos, lo cual hizo que San Pablo dijera á los Colosenses: «*Estáis llenos de gracias en Jesucristo* (4).»

(1) *Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus.* (Ephes., V, 30.)

(2) *Quicumque in Christo baptizati estis, Christum induistis.* (Galat., III, 27.)

(3) *In justitia et sanctitate veritatis.* (Ephes., IV, 24.)

(4) *Et estis in illo repleti.* (Coloss., II, 12.)—*Per quem accepimus gratiam.* (Rom., I, 5.)

Resta, pues, amados míos, que yo os diga la manera de revestirnos de nuestro Señor Jesucristo; y sobre esto están terminantes los sagrados expositores. Vestirse de Jesucristo, dicen, es conformarse con su propio espíritu, con sus ejemplos y con sus virtudes, practicando la misma mansedumbre y la misma humildad de corazón que Él practicó.

Es vivir dispuestos á dar la vida por la salvación del prójimo, á soportar sus defectos, á remediar sus necesidades y á amar de corazón aun á los propios enemigos.

Es procurar tener en nuestro corazón los mismos sentimientos, los mismos deseos, los mismos afectos, la misma voluntad y las mismas inclinaciones que Jesús tiene en el suyo.

Es dejarnos llevar y regir por el Espíritu de Jesucristo, de tal suerte que nuestra vida, más que nuestra, sea vida suya, y que podamos en verdad decir con el Apóstol: «*Vivo yo, pero no vivo yo, sino que Cristo es quien vive en mí.*»

Esto y no otra cosa, carísimos hermanos, es vestirse de nuestro Señor Jesucristo; esto es lo que todos hemos prometido en la pila bautismal; esto es lo que representa la vestidura blanca que allí se nos pone; esto es lo que nos encarga el Apóstol en la Epístola de este día, cuando nos dice que *nos renovemos en el espíritu de nuestra mente*; y esto es lo que significan aquellas palabras: *Vestíos del hombre nuevo, que fué creado según Dios en justicia y santidad de verdad.* ¡Qué vestidura! ¡Cuán ganaría el mundo si se pusiera de moda y nunca se manchara ni se envejeciera!

Demos, pues, gracias á Dios, por habernos enriquecido con mercedes tan singulares. Grande fué nuestra desdicha por la prevaricación de Adán, pero mayor sin duda fué nuestra felicidad por la gracia de la justificación y renovación en Cristo. Adán ciertamente fué creado en gracia, y nosotros en pecado, mas por Cristo nuestro Señor hemos recibido la abundancia de la divina gracia, de la justificación y de todos los dones sobrenaturales (1), para que, cooperando nosotros libremente, podamos conseguir la eterna felicidad en el cielo. Amén.

(1) Rom., V, 17.